

Xavier I, Rey de Redonda. Historia de un delirio no delirante¹

Juan Vives Rocabert

El escritor español Javier Marías pasó la temporada de 1983-1985 dando un curso en la Universidad de Oxford, Inglaterra, más adelante publicó una novela titulada *Todas las almas* en 1989, novela en la que el narrador es un español que de 1983 a 1985 estuvo dando un curso en la Universidad de Oxford, Inglaterra. No sé si en forma deliberada -creo que sí- Marías juega desde el mero inicio de su relato con la ambigüedad existente entre la vida del autor y la del narrador del suceso. Además, el autor del escrito ha insistido repetidamente que no se trata de ningún tipo de relato autobiográfico. Y para demostrarlo, nos hace ver que el narrador, en *Todas las almas*, tuvo una amante durante su estada en Oxford -Clare Bayes, casada con Edward Bayes, uno de los profesores de aquella prestigiosa entidad- mientras que el autor nunca entabló relaciones con ninguna mujer durante el periodo que pasó en Oxford. Además, al final de la novela el narrador afirma que, ya de regreso a Madrid, España, donde siempre ha residido, se casó y tuvo un hijo, situación perteneciente al terreno de la ficción dado que el autor de la novela sigue soltero y nunca ha tenido un hijo -al menos que él sepa. La insistencia del autor nos hace recordar la observación de Freud en el sentido de que el protagonista es, siempre, el foco de interés, y tras él, encontramos a “su majestad el Yo, el héroe de todos los ensueños y de todas las novelas.” (Freud, 1908, p. 1346)

Por otra parte, algo que fue esbozado en esta novela era la mención, de pasada, de un reino fantástico -el reino de Redonda-, relato en el que está incluido, como personaje, un literato que realmente existió en la vida real, de nombre John Gawsworth, que era el pseudónimo con el que Terence

1 Trabajo leído durante el LIX Congreso Nacional de Psicoanálisis “Psicoanálisis y objetos del deseo en la actualidad: vínculo, perversión y vacío”, de la Asociación Psicoanalítica Mexicana, Morelia, Mich. (México), el 4 de octubre de 2019

Ian Fytton Armstrong solía firmar sus obras. Este dato, apenas esbozado en *Todas las almas* nos lo amplía y explica con mayor detenimiento en otra novela titulada *Negra espalda del tiempo*, que Javier Marías publicó en 1998 y que está dedicada casi íntegramente a hacer una especie de crónica de su novela de 1989. Entre otras cosas, nos hace ver con mayor claridad aquello esbozado en la primera, en virtud de que el mencionado John Gawsworth había sido monarca de aquel Reino de Redonda con el nombre de John I.

Por extraño que parezca, se trata de una historia real que se remonta hasta el recuerdo de un súbdito inglés, un tal Matthew Dowdy Shiel, banquero irlandés que vivían en la caribeña isla de Montserrat. Dicho caballero sólo había tenido hijas, y luego de ocho o nueve de ellas, tuvo finalmente al tan esperado hijo varón, en 1865, al que bautizó con el nombre de Matthew Phipps y que conoceremos principalmente como M.P. Shiel. El nacimiento de su hijo colmó de felicidad el espíritu del caballero británico, por lo que decidió comprar ese mismo año, para su hijo, la vecina isla de Redonda que, a partir de entonces pasó a ser de su propiedad. Según cuenta la historia, esta isla fue descubierta por el propio almirante Cristóbal Colón, en su segundo viaje en 1493, junto con las vecinas islas de Antigua y Barbuda, islita a la que no concedió mucha importancia, pues se trataba de una roca de 1.6 kilómetros cuadrados, pero a la que no dejó de bautizar con el nombre de Santa María la Redonda, isla perteneciente en la actualidad a Antigua y Barbuda, que forman parte de las pequeñas Antillas y que se independizaron del Imperio Británico el 1° de noviembre de 1981.²

El hecho es que Matthew Dowdy Shiel se autoproclamó como Rey de Redonda con el nombre de Matthew I, título que fue solicitado a la

2 Se trataba de islas pequeñas, sin grandes recursos naturales y rodeadas de arrecifes coralinos, lo que las hacía peligrosas para potenciales naufragios, por lo que luego de la desaparición de las últimas poblaciones indígenas, quedaron deshabitadas. Sin embargo, a mediados del siglo XVII desembarcaron allí los ingleses y se las apropiaron en virtud de que estaban necesitados de posesiones en el Caribe ante el fracaso en sus intentos de tomar las Antillas mayores (Cuba, La Española, Puerto Rico), con la excepción de Jamaica, que fue conquistada en el año 1655. De hecho, el gobierno de Londres buscaba nuevas tierras donde cultivar azúcar, algodón y tabaco en una suerte de mimetismo al proponerse imitar a los españoles, portugueses y franceses, que obtenían importantes beneficios con tales productos. Antigua pasó a ser entonces, pese a su tamaño, muy valiosa como una de las pocas plantaciones de azúcar (especialmente) que el reino de Inglaterra tenía en ultramar, y por eso se construyó en dicha isla un importante astillero naval.

Oficina Colonial Británica y que, luego de algún trámite, la reina Victoria le concedió dicho título en 1880, con la condición de que no se alterase en lo más mínimo la orientación política de Inglaterra -en otras palabras, la Reina le permitía ostentarse con dicho título, a condición de que esta canonjía fuese ficticia. Pese a ello, las celebraciones del evento fueron espléndidas. Ya oficializado por Inglaterra como Rey de Redonda, Matthew I estableció que dicho título pasaría a su hijo en el momento de cumplir los quince años, con lo que M.P. Shiel fue coronado a esta edad bajo la presencia del mismísimo obispo de Antigua y vino a ser Mathew II, Rey de Redonda.

Unos años después, M. P. Shiel viajó a Inglaterra para formarse académicamente en literatura, especializándose en relatos de ciencia-ficción y de tipo sobrenatural, lo que le valió una mención especial dentro de *El horror sobrenatural en la literatura* (1925) de H.P. Lovecraft. Escribió mucho e hizo traducciones y biografías de escritores perdidos. M. P. Shiel tuvo un protegido, Gawsworth (pseudónimo de Terence Ian Fytton Armstrong, como ya vimos), quien había iniciado su esplendorosa carrera literaria con cuatro obras poéticas y un relato con tan sólo diecinueve años. Tanto hablaron y compartieron en torno de la literatura que M. P. Shiel quiso nombrar a Gawsworth heredero al trono de Redonda, además de otorgarle los derechos de su obra; por lo que a la muerte de Shiel en 1947, Gawsworth se convirtió en el tercer rey del Reino, con el nombre de John I. En la novela de Marías *Todas las almas* leemos que “Gawsworth fue nombrado no sólo su albacea literario, sino asimismo heredero del reino de Redonda.” (Marías, Javier, 1989, 2018, p. 128)

Gawsworth comenzó su carrera siendo muy prolífico y dando la impresión de que iba a llegar a mucho más, pero terminó sus días en la más absoluta miseria. De hecho, pasó sus últimos años borracho, sin tener un sitio donde dormir ni amigos a los que acudir. Esto tuvo graves consecuencias para el Reino, ya que estando ebrio lo ofrecía y vendía a las primeras de cambio por brebajes de cualquier índole o por un poco de pan. En una ocasión incluso llegó a poner una oferta en el periódico en la que vendía el reino por 1000 guineas. Tuvo muchos interesados, entre ellos el rey de Dinamarca, que veía la posibilidad de poseer un reino más para su legado. Cuando Gawsworth se dio cuenta de lo que había hecho, retiró la oferta alegando que no era noble ni justo para el Reino venderlo saltándose los ideales literarios que él había aceptado. Esto provocó que en la actualidad diferentes personas por el mundo vayan diciendo poseer el reinado, porque Gawsworth se los prometió a sus padres o se lo vendió a su abuelo.

Gawsworth murió en 1970 dejando el título y los derechos de sus obras y las de Shiel a John Wynne-Tyson, otro escritor. Éste nunca tomó el título muy en serio por lo que este hecho, sumado a los problemas que le ocasionaba dicho Reino, pues había un número considerable de personas que se ostentaban como los auténticos reyes de Redonda y le metían pleitos judiciales, decidió abdicar. Como en su momento Wynne-Tyson había leído el libro de Javier Marías titulado *Todas las almas*, en el que aparece Gawsworth como personaje, decidió abdicar en nombre de Javier Marías, otorgándole así el trono del Reino de Redonda en 1997. Desde entonces nuestro novelista reina en Redonda con el nombre de Xavier I (recordemos a “su majestad el Yo”), habiendo asumido el compromiso de divulgar y cuidar de las obras tanto de Shiel como de Gawsworth y John Wynne-Tyson.

Hay que agregar, para nuestro conocimiento, que cada uno de los monarcas de Redonda ha nombrado a diversas personas, siempre literatos o artistas destacados, como miembros de su corte. De esta forma podemos ver que entre los artistas nombrados por reyes anteriores están el archiduque Arthur Machen; Lawrence Durrell, duque de Cervantes Pequeña; Henry Miller, duque de Thuana; Dylan Thomas, duque de Dweno; así como a la duquesa Joan Crawford y otros muchos, a los que Javier Marías -Xavier I- ha agregado para formar parte de la nobleza de Redonda, a Pedro Almodóvar, duque de Trémula; Arturo Pérez-Reverte, duque de Corso y real Maestro de Esgrima; Alice Munro, duquesa de Ontario; Guillermo Cabrera Infante, duque de Tigres; Mario Vargas Llosa, duque de Miraflores; Juan Villoro, duque de Nochevieja, y tantos otros.

Xavier I, también instituyó, en 2001, el Premio Reino de Redonda con el fin de galardonar a artistas insignes y fundó la Editorial Reino de Redonda con el fin de defender y preservar el patrimonio literario del reino.

En *Negra espalda del tiempo* (1998) el autor nos hace saber sobre las curiosas cosas que sucedieron en la Universidad de Oxford luego de la publicación de su libro anterior de 1989 titulado *Todas las almas* y cómo los profesores de la vieja Universidad reaccionaron ante la posibilidad de haber sido incluidos, aunque con otro nombre, dentro de la trama de la novela. Es claro que las necesidades narcisistas no tienen tiempo ni lugar y que el deseo de ser inmortalizado en una obra literaria es irrecusable, imposible de rehusar, pues la fantasía universal es que, al aparecer en una novela, permanecerán eternamente como personajes aunque las personas ya hayan muerto, y ese es uno de sus principales atractivos. Javier Marías comenta con buen humor la cabalgata de reacciones narcisistas que se

desencadenaron a raíz de su novela *Todas la almas* y sus comentarios sobre los *dons* de Oxford, personajes con los que rápidamente los excelsos profesores rastrearon con gran meticulosidad en lo que consideraron que era un *roman à clef*. Verse convertidos en personajes de una novela y, lo mejor, de que pudieran ser identificados como tales, colmó a una buena docena de egos de la muy prestigiada Universidad. Incluso, Marías, agregó la entretenida anécdota de que, luego de la publicación de su primer libro de cuentos, una señora que le persiguió empecinadamente para que le firmara su libro, le comentó que había descubierto que el cuento tenía que ver con ella (lo que no era cierto en absoluto), posición que defendió a capa y espada, pues su estructura narcisista (el verse convertida en personaje de un cuento y, por tanto, eternizada en el tiempo) *necesitaba* convencerse de que Marías se había inspirado el ella.

¡Qué difícil distinguir entre la realidad y la ficción! Pero sobre todo, ¡qué necesidad de creer en la ficción por encima de la realidad! Los tan británicos *dons* de la Universidad de Oxford hubieran dado un ojo de su cara por verse retratados en una novela, por ser personajes ficticios -¡pero reales!- dentro de una obra de imaginación. Y este fue el juego provocado por Marías en *Todas las almas*, al crear como narrador y personaje a un sujeto casi indistinguible de él mismo como autor, aunque claramente diferenciados uno del otro. Pero el público, como los *dons* de Oxford, también ha necesitado ávidamente transformar la ficción novelesca en realidad. En el territorio del imaginario, no es el narrador quien nos cuenta sobre sus cuitas en la vetusta Universidad, sino Javier Marías relatándonos partes de su propia vida; parecería que fuera preciso, indispensable, creérselo así, como una necesidad interna de sobreponer el mundo de lo ficticio -la fantasía sobre la que se escribió *Todas las almas*- sobre el mundo de la realidad, es decir, la vida del autor Javier Marías.

Es interesante confesar, en este punto, que durante la redacción del presente ensayo, varias veces, me equivoqué y puse Julián Marías en vez de Javier Marías, y esto a pesar del sobre-énfasis que el título de Xavier I me ofrecía como asidero. Es claro que mi propio inconsciente me hizo ver que tras el autor hay otra persona -¿o personaje?- que está determinando mi escritura y, creo, la del propio Javier Marías. Todos sabemos que este novelista es hijo del muy famoso filósofo Julián Marías, pero más allá de este hecho, hay, agregado, otro que resulta determinante. Y es que nuestro novelista tuvo un hermano -Julián, “Julianín”- quien murió antes de que el autor naciera.

Quizás todo este buscar y rebuscar en la vida de los demás, la necesidad de tener libros viejos que pertenecieron a otros (afición que comparten Javier Marías y el narrador de *Todas las almas*), incluso su peculiar coleccionismo de objetos de gente famosa del pasado (como la pitillera y el alfiler de corbata del actor Robert Donat, quien dejó su figura en *Los 39 escalones* de Alfred Hitchcock) y atesorarlos y sentir que ahora es él quien los posee, tenga que ver con ese hermano muerto -Julianín- que falleció a los casi cuatro años de edad y que él nunca conoció. Julián era el mayor mientras que Javier Marías es el cuarto de los cinco hijos del matrimonio. En forma semejante, y formando parte de la trama de *Negra espalda del tiempo*, la persistente búsqueda detectivesca para entender y saber sobre la muerte accidental y estúpida del casi olvidado escritor Wilfrid Ewart en la ciudad de México el 31 de diciembre -el día de San Silvestre- de 1922 debido a una bala perdida mientras el pueblo de México echaba tiros para celebrar la entrada del Nuevo Año; la necesidad de entender que fue en la habitación 53 del cuarto piso del Hotel Isabel situado en la esquina de República del Salvador e Isabel la Católica de la ciudad de México (indagación por la que entró en contacto con los mexicanos Rafael Muñoz Saldaña y Serio González Rodríguez, quienes le proporcionaron las noticias que publicaron los periódicos *Excelsior* y *El Universal* de aquella época), así como el macabro detalle que la bala le entró por el ojo que no veía dado que dicho personaje era tuerto de nacimiento, pues ese ojo, aunque normal en todo, no estaba conectado con el cerebro de su propietario; investigar obsesivamente cómo fue que Ewart peleó, cosa increíble pues era tuerto, en la Primera Guerra Mundial y que sobrevivió a miles de oportunidades de haber muerto en las trincheras durante los largos años de aquella contienda, para venir a morir en la ciudad de México (donde, por cierto, no debía de haber estado según sus planes iniciales), y en el más siniestro de los azares, a causa de una bala perdida fruto del jolgorio de un mexicano; todo lo anterior forma parte de esa inquietud punzante que atenaza a un Javier Marías tratando de explicarse la muerte de su desconocido hermano, así como de las variopintas cavilaciones en las que se ha enfrascado imaginando que, de no haber muerto su hermano, quizás él no hubiese venido al mundo. Al final, esta escoptofilia desemboca en la constatación de que vida y muerte son, ambas, inextricables.

Como antecedentes, sabemos que a la madre de Javier Marías, entre otras muchas penurias que le sucedieron, le había matado a un hermano de 17 años durante la Guerra Civil española. En lo referente a la muerte de

Julianín, al parecer este hermano muerto del autor y su fantasma siempre rondaron por la casa de sus padres y, luego de la muerte de su madre, en 1977, su retrato siempre estuvo en la casa de su padre. “A ese retrato se le miraba con algo de reverencia, al menos los niños sintiéndonos ante él un poco usurpadores o intrusos...” (Marías, Javier, 1988, p. 266), nos dice el autor. Es claro que, desde la perspectiva psicoanalítica hay ahí algún tipo de fantasía de ser una suerte de hijo de reemplazo, de ocupar el lugar que originalmente le correspondía a otro -de ahí la sensación íntima de ser “usurpadores o intrusos”-, de no tener pleno derecho a la vida de la que, sin embargo, se está haciendo adecuado usufructo. Y, como el propio autor dice, siempre existió, en los hermanos sobrevivientes, la sensación de que Juliancito habría sido superior a los demás hermanos. Incluso sus viejos juguetes estaban allí, pero de alguna manera vedados para los hermanos menores que, de alguna forma un tanto fantasmática, “no los merecían”. Esta situación se prolongó en la vida adulta de Marías quien, en su casa, tiene una “habitación de Gawsorth”, llena de libros y chucherías del recordado literato reunidas por él que, de esta suerte, permanece vivo -John I de Redonda, por cierto.

De ahí la dificultad, desde su más tierna infancia, de distinguir entre la ficción -un hermano que, no existiendo, tenía sin embargo tanta presencia- y la realidad monda y lironda: ellos eran cuatro. Pero, como nos dice el autor, “parecía como si el pasado estuviera latiendo siempre.” (*Op.cit.*, p. 277)

No fue sino hasta después, un poco mayorcito, cuando ocurría que el niño se angustiaba en las representaciones de cine en las que aparecía que alguien moría, cuando tuvo la oportunidad de comenzar a diferenciar entre lo real y lo ficticio, pues su madre le explicaba tranquilizadamente que todos esos personajes, los muertos incluidos, una vez terminada la escena, se levantaban del suelo y se iban a cenar y a tomar una copa tan contentos junto con sus matadores. Sin embargo, este aprendizaje, tan esencial para distinguir la ficción de la fantasía, coexistió siempre junto con la sensación de ser un “usurpador” del lugar de otro, siempre tan presente, lo que le hacía decir que “a veces tengo esa sensación de que todos los ayeres laten bajo de la tierra como si se resistieran a desaparecer del todo...” (*Op.cit.*, p. 278), lo que nos explica esta simultaneidad de creencias: creencia en la realidad fáctica, histórica, y creencia en la realidad del mundo interno, en forma de *revenants*, de fantasmas privados muy presentes.

Freud, en *Los instintos y sus destinos* (1915), nos advirtió que las pulsiones pueden investir a los objetos, pero también al propio Yo en forma

de libido narcisista y, en estas condiciones, los instintos “se caracterizan por la facilidad con la que se reemplazan unos a otros y por su capacidad de cambiar indefinidamente de objeto. Estas últimas cualidades les hacen aptos para funciones muy alejadas de sus primitivos actos finales (es decir, capaces de *sublimación*)” (Freud, 1915, p. 2044). Por tanto, entendemos que en *Todas las almas*, tenemos una mezcla de libidoobjetal (puesta en los personajes, incluido al denominado “narrador”) y de libido narcisista (el autor Javier Marías) en el marco de una sublimación de dichas pulsiones en una obra de arte -la novela. Esta mención tiene que ver con la comprobación que encontramos en la facilidad de intercambio de las cargas catécticas cuando advertimos como se difuminan e intercambian los campos de la ficción -libido objetal- de los de la realidad -libido narcisista. Y todo esto gracias a un proceso de sublimación y elaboración creativa en virtud del cual nos atrevemos a llamar “libido objetal” a la que se deposita en un objeto literario -un personaje ficticio- y como “libido narcisista” a la depositada en el propio creador gratificado por el placer derivado de su creación.

También queremos hacer mención de *Los dos principios del funcionamiento mental* (1910-11), trabajo en el que Freud nos recordaba que hay tres formas de lidiar con la realidad externa: una de ellas, fruto del proceso del pensamiento, es la de admitir la realidad fáctica desde los dictados del llamado Principio de Realidad y, por tanto, la capacidad para asumir las múltiples frustraciones y el dolor que dicha realidad produce en todos los seres humanos. Esta posibilidad incluye, sin embargo, la comprensión de que existe una férrea tendencia a lo placentero y entiende la dificultad para renunciar a sus gratificaciones, por lo que, desde los juegos infantiles hasta las ensoñaciones y sueños diurnos del adulto, proceso que ocurre con total independencia de los objetos de la realidad, permite de manera vicariante gratificar fantasmáticamente, los más caros anhelos infantiles a los que nunca se termina de renunciar. Pero hay que anotar una característica central de las fantasías: en ellas simultáneamente coexisten el mundo del Principio de Realidad y el mundo del Principio del Placer, pues el sujeto sabe perfectamente que las ficciones -no importan qué tan vívidas las fantasee- son ficciones. La niña que, jugando con su muñeca, se conduce con ella como si de una niña se tratara y le canta, le platica, la regaña y la alimenta, sabe, pese a todo, que se trata de una muñeca de juguete.

En el juego infantil y en la ensoñación del adulto, ambas realidades (interna y externa) coexisten sin conflicto, pues la demarcación es clara y el sujeto siempre es capaz de “retornar” de sus fantasías o de sus juegos (lo

mismo ocurre en los sueños en los que la realidad de lo sentido y vivido mientras se sueña, se “disuelve” en el momento del despertar). La segunda posibilidad es la que recurre el psicótico que niega la realidad frustrante y la sustituye por otra acorde a los deseos del Principio del Placer. Una tercera vía es la de los artistas. El creador literario, es quien originalmente se aparta de la realidad y construye en su imaginación un mundo de ficción en el que se gratifican sus deseos y que le sirve para imaginar una realidad distinta, más agradable y placentera o más punitiva -dependiendo de que los deseos que dirigen la imaginación del autor estén más decantados hacia el polo libidinal o hacia el polo superyóico y por lo tanto, más dominados por la pulsión de muerte. Pero el creador ha sabido encontrar el camino de regreso desde su fantasía al elaborar y engendrar una obra artística, cuya nueva realidad es apreciada y admitida con gusto y admiración por sus lectores. La obra -en este caso, una novela- nos ofrece una nueva realidad -ficticia- cuya creación y plasmación en un libro concreto constituye una realidad fáctica. Obviamente, los personajes de una novela tienen todas las ventajas en relación a las personas, pues como ya mencionaba yo en un trabajo anterior (Vives, 2014), tienen la prerrogativa de ser eternos, de no envejecer, ni estar sometidos a las exigencias de la realidad fáctica.

Eventualmente podríamos invocar un cierto parecido de estos personajes ficticios con algún tipo de formas delirantes que en ocasiones se presentan como excepciones en el relato de personas “completamente normales” situaciones a las que Bergeret les llama “para-psicosis”, y que ha ejemplificado en la historia de un sujeto “normal” y con un buen funcionamiento familiar y laboral, socialmente comprometido y exitoso, pero que, en confianza, le hizo saber al propio Bergeret que él era la séptima encarnación de Scarron (primer marido de madame de Maintenon, que luego casó con Luis XIV). Para este autor, en estos casos se trata de un “delirio perfectamente circunscrito a un sector delimitado del cual el paciente no salía nunca” (Bergeret, 1974, p. 136). Pese a tratarse de un delirio circunscrito y enucleado del resto de la personalidad (a la manera de los núcleos psicóticos de la personalidad descritos por W. Bion en 1967), la diferencia es que la persona descrita por Bergeret cree fehacientemente en la realidad de ser dicha séptima encarnación, mientras que Javier Marías sabe que es Xavier I y, al mismo tiempo, sabe también que se trata de una ficción o bien de una simpática broma literaria.

Es claro que esos mundos ficticios nunca dejan de serlo, pero ¿qué ocurre en el caso de una ficción que no es ficción? ¿Qué ocurre con un

Reino que no es un Reino real pero que fue autorizado como tal por la Oficina Colonial Británica y ratificado por la Reina Victoria de Inglaterra? La isla de Redonda pertenece, en la realidad fáctica, al país llamado Antigua y Barbuda (Redonda ni siquiera está mencionada en su nombre oficial), país independiente desde 1981; pero al mismo tiempo, es cierto que la isla fue comprada por Matthew Dowdy Shiel y, por tanto, era de su propiedad, misma que heredó a su hijo M.P. Shiel. Como podemos ver, la herencia sigue todos los requisitos del principio de la realidad, pero nos preguntamos si el título de Rey de la isla tiene el mismo estatuto. ¿No fue ratificado dicho título por la Reina misma? Cuando Shiel, el padre, hereda a su hijo el reino de Redonda, ¿se trata de una ficción o de una realidad? Y lo mismo puede decirse de la herencia que M.P. Shiel hace recaer sobre John Gawsorth y luego de éste sobre John Wynne-Tyson. Por tanto, la herencia recibida por Javier Marías, el escritor español, ¿es una ficción o algo real?, ¿es un delirio? Ha heredado una isla que pertenece, de facto, a Antigua y Barbuda, ¿o es suya? La monarquía absoluta que ostenta Xavier I, ¿es ficticia o forma parte de la realidad? Lo que sabemos es que en dicho Reino, Xavier I ha nombrado una serie de duques sin cuento entre diversas personalidades del mundo de las artes, que forman parte de la nobleza y de la corte del Reino de Redonda. Como dice el propio autor, es “un rey de verdad, aunque fuera ficticio, y no un rey literario de un reino fantástico que sin embargo figura en los mapas a veces, y cuando aparece es una desabrida roca negruzca sin habitantes o habitada sólo por los alcatraces...” (Marías, Javier, 1998, p. 380). En forma similar, pensamos que una novela como *Todas las almas* nos convoca a trastocar la visión tradicional que distingue tan nítidamente entre ficción y realidad, entre narrador y autor, entre persona y personaje. ¿Será cierta la vieja admonición de Calderón en el sentido de que “La vida es sueño” y que resulta ilusorio establecer límites claros y cortantes entre una y otra?

Quizás podríamos decir que Javier Marías, en tanto que Xavier I, ha continuado un delirio perfectamente estructurado por sus antecesores, un delirio no delirante por cierto, dado que está anclado y bien sustentado en elementos de la realidad. Pero entendemos perfectamente la necesidad de mantener este delirio no delirante en un sujeto que, sin hacer ningún tipo de referencia a su hermano muerto, dejó escrito que “así nos pasamos la vida fingiendo que somos únicos y escogidos, cuando somos conmutables y el indiferente resultado de una rifa alicaída y mustia” (*Op.cit.*, p. 379).

Resumen

Javier Marías aprovecha su novela *Todas las almas* para jugar con un equívoco entre narrador y autor. La cercanía entre uno y otro ofrece la oportunidad para advertir los múltiples sitios en los que la fantasía se confunde con la realidad. Al explicar este fenómeno en otro libro titulado *Negra espalda del tiempo*, el autor aclara el equívoco anterior, pero introduciendo otro, mucho más paradójico, ya que ha sido ungido, por herencia, como rey de Redonda, cargo avalado nada menos que por la reina Victoria de Inglaterra, pero a la vez ficticio. Ahí es donde se establece una suerte de delirio que, al mismo tiempo, no es delirante.

Palabras clave: Javier Marías. Psicoanálisis. Realidad y ficción

Summary

Javier Marías takes advantage of his novel *Todas las almas* to play with an equivocation between narrator and author. The closeness between one and the other offers the opportunity to warn about of the many places where fantasy is confused with reality. The explanation of this phenomenon is in other book entitled *Negra espalda del tiempo*, and the clarification of the earlier equivocation, but introducing another, much more paradoxical, since he has anointed, by inheritance, as King of Redonda, a charge endorsed by nothing less than by Queen Victoria of England, but at the same time fictional. That is where is established a kind o delirium that, at the same time, is not delusional.

Keywords: Javier Marías. Psychoanalysis. Reality and fiction.

Referencias bibliográficas

- BERGERET, J. (1974). *La personalidad normal y patológica*. Trad. de María Angélica Semilla, Ed. Gedisa, 3ª. reimpr., Barcelona, 2005.
- BION, W.R. (1967). *Volviendo a pensar*. Trad. de D.R. Wagner, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1972.
- FREUD, S. (1908). El poeta y los sueños diurnos. En *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 1343-1348.
- FREUD, S. (1910-11). Los dos principios del funcionamiento mental. En *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª

ed., Madrid, Vol. II: 1638-1642.

FREUD, S. (1915). Los instintos y sus destinos. En *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 2039-2052.

LOVECRAFT, H.P. (1925). El horror sobrenatural en la literatura. En *Obra completa*, Vol IV, trad. de Javier Blanco Urgoiti, Ed. Edimat, Madrid, 2019, pp. 251-321.

MARÍAS, J. (1989). *Todas las almas*. Ed. Castillo, México, 2018.

MARÍAS, J. (1998). *Negra espalda del tiempo*. Ed. Alfaguara, Madrid.

VIVES, J. (2014). El estatuto metapsicológico de los entes ficticios. *Cuadernos de Psicoanálisis* (México), XL (1-2): 81-89.